

mill é quinientos é catorçe, é llegado á la isla de la Gomera con diez y ocho naos é caravelas, mandó que una dellas viniesse derechamente á esta cibdad de Sancto Domingo de la Isla Española é tomasse aquí ciertas lenguas ó otros recabdos, é se fuesse al Darien trás el armada. É assi fué que Pedrarias llegó un dia ó dos despues de Sanct Johan de junio de aquel año de catorçe á la cibdad del Darien con toda su armada, en la qual compañía yo fuy por veedor é offiçial real; é ya estábamos en tierra pocos dias avia, quando llegó la nao que avia venido por esta cibdad á llevar las lenguas, de la qual nao yba por capitan Francisco Vazquez Coronado é de Valdés.

Y esta nao acaso vido en la mar aquella barca de los perdidos ques dicho; é los de la barca vieron á la nao é començaron-se á capear, llamando los unos á los otros, é púsose la nao á la relinga ó reparo á esperar, y el barco arribó á ella con el mayor plaçer que hombres pudieron sentir con tal socorro, dando infinitas graçias á Dios, con muchas lágrimas de alegría, con mucha raçon; porque demás de los trabaxos é desaventuras que avian padescido, el mesmo dia que vieron la nao (no teniendo cosa del mundo ya que comer, y estando más de doçe leguas dentro de la mar, é no pudiendo tornar á la costa por el tiempo contrario que les hacía, é por la mucha flaqueça de sus personas, que ya quassi no avia hombre dellos que pudiesse alçar los braços para bogar) echaron suertes con juramento solemne de estar por ellas, é que á qualquier dellos que le cupiesse la suerte, lo matassen para comer, é que comido aquel las echarian por otro, é que aquel tal que oviesse de padecer tomasse la muerte en paçiencia, diciendo que más valia que uno ó dos muriessen que no todos: con esperança que en tanto que tal bastimento les turasse, Dios los socorre-

ria, antes quel segundo ó el terçero muriesse. Y de hecho se echaron las suertes, é cupo de ser muerto á uno dellos, que se decía Álvaro de Aguilar, natural de la cibdad de Toledo. Pero como no les faltaban lágrimas é sospiros ni entera fée é devoçion, llamando á Dios en tanto estrecho é hambre, no permitió la misericordia divina ni dió lugar á tan fiero é crudo partido é suerte. É atendian que fuesse de noche, para matar al sorteado para lo comer despues, satisfaciendo á su intolerable hambre. Y estando en este trabaxo, quiso Nuestro Señor que vieron la nao ques dicha, é llegados con el barco al costado della, preguntó la nao que quién eran, pensando que eran gente de la cibdad del Darien, é respondieron los del barco:—«Señores, somos los perdidos por nuestros pecados». (Como si la nao tuviera de su perdiçion alguna noticia). É los de la nao replicaron que cuáles perdidos eran, é recogieronlos dentro della, é informáronse de lo ques dicho, é lleváronlos al Darien, donde solos catorçe hombres llegaron vivos de todos los treynta y çinco que entraron en aquella barca é escaparon de la nao perdida por la forma é miraglo que aquí se ha escrito, exçepto los marineros é maestre é piloto, que eran más de otros veynte, los que se fueron con la barca de la nao é desampararon á essotros, é nunca hombre dellos paresció.

Despues que en el Darien llegaron esos que quedaron deste naufragio, se recogieron entre los que allí veniamos, é se reformaron entre nosotros, é se curaron, que yban muy dolientes, que paresçian defunctos. É los dos destes hombres estuvieron algun tiempo en mi casa allí en el Darien, é fueron ricos. El uno se decía Anton de Salamanca, y era natural de la cibdad de Segovia, y el otro era el proprio Álvaro de Aguilar, que avia de ser comido el primero. Al qual yo le hiçe

teniente de escribano general por el secretario Lope Conchillos en aquella cibdad del Darien (que despues se llamó Sancta Maria del Antigua), é ganó muy bien de comer, é murió despues de algunos años en la cibdad de Panamá, año de mill é quinientos é treynta é çinco años. Y poco antes avia fallestido el Anton de Salamanca, el qual se avia fecho mercader é tuvo muchos dineros é hacienda. Otro destes se llamaba Ternero, é otro Johan Calderon: los quales é los demás murieron desde algunos años

despues que les aconteció lo ques dicho.

Yo pregunté muchas veçes á algunos de aquestos hombres que qué oraçion en espeçial hicieron, ó si prometieron algun voto, é me dixeron que cada uno se encomendaba á Dios é lloraba sus culpas; pero el Álvaro de Aguilar y el Anton de Salamanca y el Ternero me dixeron que se avian votado de yr en romeria á Nuestra Señora de Guadalupe, é que assi creian que la Madre de Dios miraglosamente los avia escapado de tan señalados trabaxos.

CAPITULO IV.

De una nao que se perdió en la mar é se fué á fondo é se salvó toda la gente en la barca, sin comer ni beber en doçe dias todos ellos más de dos libras de vizcocho, aviéndoseles perdido más de tresçientas leguas apartados de tierra dentro del mar Oçéano.

Aqueste mesmo año de mill é quinientos é catorçe acaesçió otra cosa miraculosa, é fué desta manera.

Cómo el gobernador Pedrarias Dávila llegó á la cibdad del Darien, en la Tierra-Firme, como se dixo en el preçedente capítulo, algunas naos é caravelas de las que llevó se echaron al través, por ser muy viejas, é á causa de la broma, que allí hay mucha, no estaban para navegar con ellas, é otras algunas volvieron á España. Y entre aquellas avia una, de que era maestre un Pero Fernandez Exuero, natural de Palos, de la qual era piloto un Anton Calvo, buen hombre y experto en la navegacion: la qual partió del puerto del Darien y vino á esta Isla Española por la banda del Norte. É despues que tomó refresco é lo que le paresció que le convenia para su viaje, siguió su camino con muy buen tiempo; y estando apartada en la mar tresçientas leguas ó más desviada de aquesta Isla Española, començó á haçer tanta agua que con dos bombas no la pudieron sostener, y en fin se hundió en la mar.

Yban en ella veynte é çinco personas, las quales, como vieron que en ninguna manera podian vencer, ni bastaban á poder agotar el agua, diéronse mucha priessa á sacar la barca fuera; é como no eran más gente de la ques dicho, no pudieron bastar á agotar la nao é dar á las bombas é á sacar el batel juntamente; pero ayudados de Dios el batel ó barca salió fuera de la nao; é quando acabaron de dar con él al agua, ya la nao estaba llena de agua quassi hasta los bordos, é assi derecha se hundió en el instante que la barca estuvo fuera della, sin que paresçiesse cosa alguna de la nao por la profundidad que allí avia en la mar. É cómo se dieron mucha priessa á entrar la gente en la barca, no tuvieron tiempo ni memoria para meter cosa alguna de comer ni beber, ni el piloto tuvo memoria ni sentido ni espaçio para sacar su carta de navegar, ni alguna aguja por dó se gobernasse, ni estrolabio, ni cuadrante para tomar el sol ó la estrella del Norte, ni sonda para conosçer los baxos ó braças del agua. Mas acaesçió

que en aquella priessa en que estaban sacando la barca, un mançebo se halló á par de su caxa sacando un poco de vizcocho para comer él é otro su compañero, é tenia echado en un paño ó tohalla hasta dos libras de pan. Y con esto saltó corriendo en la barca, é por poco más que se tardara, no pudiera salir de la nao é pagárale su gula, si Dios no permitiera que aquel poco de pan se reservasse para tantos, por mostrar más su grandeça, é porque no se olvidassen entre aquesta gente aquellos pocos de peçes é poco pan con que hartó Dios tantas gentes¹. Pero parésceme ques aqueste un passo para detenerme algo en él, é acordar al lector lo que he visto é lo que suelen haçer hombres de poco cuydado en el tiempo quel ques chripstiano, en semejantes trabaxos no avia de ocuparse en más de encomendarse á Dios é pedirle misericordia.

Yo no quisiera ser este que sacó el pan, pues entre tantos atribulados él solo se acordaba del comer: ni tampoco quisiera ser un mançebo criado del almirante don Diego Colom, que en una nao en que yo me hallé con él, año de mill é quinientos é veynte y tres, en el mar Oçéano, de la qual era maestré Johan Lopez de Archuleta, que hoy vive, yéndonos anegando é quassi perdidos, alijando de la ropa é carga, yba aquel mançebo durmiendo é roncando tan descansadamente, como si estoviera en Toledo; é llamábale el almirante de quando en quando, é decía:— «Sancta Cruz (que assi se llamaba), tú no ves que nos anegamos?.. Por qué no despiertas, traydor, é te encomiendas á Nuestro Señor?» Y el mançebo respondia é decía:— «Señor, ya lo veo». Y encontinenté tornaba á roncar.

Otras muchas cosas se podrian decir á

este propóssito, que nos enseñan cómo en la verdad muchas personas no tienen de hombres sino el nombre é la vista, pues que en el tiempo que conviene haçerse lo que deben, en aquel están muy desviados de la raçon é de la vergüença. Tornemos á la história.

Paresció que aquel cuydado, que yo reprehendo del que sacaba el vizcocho, fué por Dios proveydo, porque con sola aquella poca raçon de pan basteció é proveyó á toda aquella afligida compañía para su navegaçon, é yr donde Dios los quiso guiar; pero en los menos avia esperanza alguna de salir á tierra, si miraculosamente Dios no lo hiçiesse, porque estaban muy engolphados é dentro en la mar; é presto perdieron el tino ó tiento del camino, porque como he dicho no tenían aguja que les enseñasse el polo, ni cuadrante que los avisasse del camino, ni sabian qué via debian tomar, ni dónde estaban, ni adónde yrian. Acordaron de haçer una vela para descansar algo del trabaxo del remo, é como no tenían otro lienço sino las camisas que se hallaron vestidas, dellas hiçieron una vela bien pequeña, con algunas agujas que por ventura se hallaron entre algunos, é ya que tenían agujas faltábales el hilo, é descosieron los sayos é los vestidos con que se hallaron, é con aquel hilo, tal qual era, se cosió la vela é se hiço como pudieron. É cómo el viento é las ondas los gobernaban, andábanse assi á Dios misericordia, sin saber lo que seria dellos, ni qué camino procurassen de llevar; é luego repartieron entre sí aquel poco de vizcocho, que al que más cupo dello fué hasta onça é media de pan. Y en lugar de agua, que ninguna tenían para beber, lavábanse las manos en la mar é con ellas la cara; é aquella humedad amarga é salobre contaban é se tenia en

¹ Mathei, XIV é XV.

lugar de brebage sin beber. Otros con sus propias orinas satisfacian alguna parte de su sed, é cotidamente con lágrimas é suspiros llamaban á Dios é á su gloriosa Madre, y en espeçial se votaron á Nuestra Señora del Antigua, que está en la iglesia mayor de Sevilla, é plugo á la Reyna del cielo de oyrlos; é passados onçe dias, amanescieron á dos ó tres leguas desta Isla Española, é conosçieron la tierra; y el piloto ques dicho les dixo assi:— «En este parage que vamos está Puerto de Plata». É assi fué; que á poco más de medio dia llegaron al puerto de aquella isla. É assi cómo saltaron en tierra, se descalçaron, é dando infinitas gra-

çias á Dios, se fueron derechos á la iglesia á referir el conosçimiento que de tan señalada misericordia divina á Dios debian é á su presçiosa Madre, con tan señalado miraglo como con ellos usó la clementíssima bondad de Dios.

Desde allí, ya puestos en salvo, algunos se quedaron en esta Isla, é otros se fueron á España, donde el siguiente año de mill é quinientos é quince yo hablé al mesmo piloto Anton Calvo, dentro en la iglesia mayor de Sevilla: el qual é otros de aquellos, por quien Dios hiço lo que he dicho, me contaron lo que aqui he escripto; é fué y es muy público é notorio en esta y en España todo ello.

CAPITULO V.

De un mançebo portugués, que yendo una nao á la vela con todas sus velas é buen tiempo, se echó á nado, vestido un papahigo en la cabeça, para se passar á otra nao de la flota; é cómo fué recobrado por otra nao, que venia detrás de aquella quassi un quarto de legua, en lo qual usó Dios con él de su misericordia.

Diré aqui un caso temerario de un mançebo portugués, en que mostró él su locura, é mostró Dios su misericordia contra la vanidad de aquel hombre; é fué desta manera.

El año de mill é quinientos y catorçe, al tiempo quel gobernador Pedrarias Dávila passó á la Tierra-Firme con diez é siete ó diez é ocho caravelas é naos, por mandado del Cathólico Rey don Fernando, V de tal nombre en Castilla, estando ya esta armada en el grand golpho del mar Oçéano, quassi á medio camino, yendo nuestro viaje un dia con muy buen tiempo é próspero viento largo é la mar bonança é las naos con todas sus velas en popa, corriendo más de dos leguas por hora, acaesçió que una nao de la villa de Palos, de la conserva ó compañía, en la qual yba el thessorero Alonso de la Puente, entre los otros soldados avia TOMO IV.

un mançebo portugués; é viéndole algo liviano en sus palabras, començaron con él á burlar é passar tiempo los otros hombres de guerra é marineros, que en aquella nao yban; y él, aquel dia, enojóse de las burlas, é dixoles que juraba al cuerpo de Deus, que si mucho se enojaba que se avia de echar á nado é passarse á otra nao de las que allí yban del armada. É quanto más firme lo juró é prometió, tanto más atentamente los otros mançebos prosiguieron en sus burlas con él: de forma quel enojado, é determinado de guardar lo que avia prometido, tomó otra camisa que tenia, demás de la que llevaba vestida, é atósela á la çinta, é tomó un papahigo de paño leonado é púsoselo en la cabeça vestido (aunque ningun frio haçia ni era apropiado hábito para nadar). É como se ovo assi aderesçado é puesto á punto, salió

á la cubierta é dixo:— «Voto faço á Deus que si comigo burlays, de me eytar en iso mar é passarme á essa otra nao». La qual otra nao yba cerca de la otra en quel portugués yba, al un lado apartada un tiro de piedra, no corriendo menos, y era cosa imposible poderla el pobre mançebo tomar, por la velocidad con que las naos caminaban. Los compañeros é la gente de la nao estaban con mucha risa oyéndole, é unos decían:— «No lo osareys haçer, como lo decís». Otros decían:— «Si vos fuérades castellano, compliérades vuestra palabra é lo que avés jurado». É assi á este propóssito le decían otros desvarios, no pensando que seria tan loco que lo hiçiesse; pero él atendió poco, é púsose sobre la mesa de guarniçion en el un costado de la nao é arrojóse á la mar. É tan presto como saltó en el agua, quedó atrás por popa grand trecho desviado nadando: é la nao començó luego á capear porque no se perdiessse aquel hombre, é de caso quiso Dios que viniesse detrás por la mesma stela ó via mesma é derecha otra nao del armada más de dos tiros de ballesta, é aun de lombarda. La qual cómo vido capear á la nao delantera, de donde avia saltado el portugués, siguió derechamente para ella, sospechando que se le avia caydo algun hombre al agua (comò suele acaesçer) ó que tenia otra neççessidad. É plugo á Nuestro Señor que se dió tan buena maña que recogió aquel hombre, ya muy cansado é arrepentido de su locura; é á tardarse un poco más el socorro, el portugués se ahogara, como loco. En fin, él llegó al Darien, donde yo le ví despues; y el mesmo thessorero, en pressençia del mesmo mançebo é de muchas personas que lo vieron, me contó lo que dicho, é fué muy público é notorio. É no se te-

* Hasta aqui imprimió Oviedo en 1533: lo restante fué añadido por él en el MS. original, que

nia el mançebo por esso en menos: antes decía que ningun castellano lo osára haçer, como él: é aun assi creo yo que ni castellano ni de otra nasçion alguna, que sesso tuviera, hiçiera cosa tan vana é tan loca osadia como aquella, donde el cuerpo y el ánima juntamente se perdiessse tan sin causa de fama ni de gloria, sino seyendo loco, como el que esto hiço*.

Aunque prometi de decir la locura del portugués que he escripto de susso, quiero aqui decir otra no menor é más fresca de otro mançebo castellano, que para reyr por una parte, é con más raçon para aver lástima de los que tal sesso tienen, é para que den graçias á Dios los que algun juicio tuvieren, é le supliquen que por su misericordia los conserve é dé su graçia, para que no incurran en semejantes errores; y el caso es aqueste.

El año de mill é quinientos é treynta y quatro años, una muger muy enamorada é muy ataviada de ropas é joyas avidas con aquel suçio offiçio, acordó de passar á estas partes é venir á esta nuestra cibdad de Sancto Domingo de la Isla Española: é para su recreaçion é compañía traia consigo un rufian, ó amigo, á quien demás de haçerle parte de su persona, ella daba de lo que tenia. É viniendo su viaje, la nao tocó en la isla de Tenerife, que una de las de Canaria, é allí saltaron en tierra á tomar refresco é proveer se la nao de agua é leña é lo que más le convenia para su camino, como se suele haçer. Y en aquellos dias el mançebo jugó é perdió una cadenilla de oro quella le avie dado ó prestado: lo qual sabido, ovo mucho enojo é dixole feas é injuriosas palabras y él á ella, é quebróse el amistad; y él, enojado no menos, pasóse á otra nao que venia en compañía con la otra. É cada uno dellos en su navio

nos sirve de texto.

prosiguieron su viaje, é desde la una caravela á la otra haçíanse señas é passaban otros requiebros vanos; é cómo el sesso dél é della eran conformes, y ella no acostumbada á dormir sola, tornáronse á conçertar desde los navios; é cómo con buen tiempo en esta navegaçion y en el mar largo muchas veçes caminan tan cerca una nao de otra que se hablan á quinze ó veynte passos é menos, el mançebo dixo á aquesta su amiga que si le perdonaba é le acogia, que se passaria á la nao en quella yba: la qual, mostrando mucho plaçer dello, le respondió que holgaria mucho en que lo hiçiesse, é quella le perdonaba é le atendia.

Estonçes él rogó al maestre que hiçiesse dar un cabo de una guindalesa á la otra nao, para que atado á ella le halassen, é tirandó de la cuerda los del otro navio, lo passassen donde ella estaba. El maestre començóle á decir que era cosa de peligro é que se podria ahogar, é que le aconsejaba que no lo hiçiesse: otros decían que muy presto seria hecho é que no peligraria, y el mançebo tambien decía quel sabia nadar, é que se lo pagaria, é que le passassen de aquella forma. De manera que por sus ruegos dél é por los della á los de la otra nao, é los maestres é marineros, por ver la fiesta é tan nueva farsa, acordaron de complaçer

á estos enamorados; é ataron al mançebo é dieron primero el cabo de la cuerda la una nao á la otra, é puesto en la mesá de guarniçion, encomendándose á Cupido, entró en el agua, é con mucha grita é diligencia tirando los marineros, era cosa de ver cómo este amante muchas veçes entraba é salia debaxo de las ondas de la mar, é sorbia algunos tragos contra su voluntad; y ella le santiguaba é daba mucha priessa é soliciçion á los que tiraban. Pero no mirando Dios las culpas del uno ni del otro, le passaron bien remojado; é luego ella le dió camisa é ropa enjuta, é lo rescibió con mucho plaçer é fiesta é risa de quantos lo vieron. É llegaron á esta cibdad, donde el mançebo tenia un tío, que era el liçenciado Alonso Çuaço, oydor en esta Audiencia Real, persona grave é de antigüedad: el qual, por quitar al mançebo de tal compañía, é porque ella casándose, viviesse mejor, tuvo forma quella se casó con un hombre rico é veçino desta cibdad, y el mançebo se fué despues á la Nueva España; y ella quedó casada aqui é hoy dia vive, é no niega aver passado assi lo que dicho, é á personas que estovieron presentes é venian en los mesmos navios, he oydo contar lo mesmo, é hay testigo aqui y es público.

CAPITULO VI.

Comò viniendo dos naos de España á esta Isla Española, la una dos dias delante de la otra, se perdió la primera é se salvó la gente en una isleta despoblada, é la segunda nao desde á dos dias fué á dar en tierra en otra isleta baxa cerca de la primera, é se anegó derecha hasta estar assentada en tierra; é cómo por miraclo salió de allí é cobró la gente de la primera nao perdida, é vino á esta cibdad de Sancto Domingo con ella, donde se adobó é volvió en España.

El año de mill é quinientos é veynte é tres años de la Natividad de Chripsto, Nuestro Redemptor, venian de España para esta cibdad de Sancto Domingo de la Isla Española dos naos en conserva:

de la una era capitan é maestre Francisco Vara, veçino de Triana, é de la otra Diego Sanchez Colchero, veçino de la mesma Triana ó de Sevilla; é quando llegaron cerca de las islas, se perdió la nao